

primer premio

## **Ratón de biblioteca**

Luis del Romero Sánchez-Cutillas



**LIV** EDICIÓN DEL CONCURSO CAM DE CUENTOS "GABRIEL MIRÓ"



segundo premio

## **La lanzadora de botellas**

María José Campoamor Prieto



**CAM**

Caja  
Mediterráneo



primer premio

## **Ratón de biblioteca**

Por Luis del Romero Sánchez-Cutillas





## LUIS DEL ROMERO SÁNCHEZ-CUTILLAS

Nacido en Valencia, en 1951, Luis del Romero estudió la carrera de Filosofía y Letras y es catedrático de Geografía e Historia; actualmente ejerce como profesor en la Escuela de Adultos de Quart de Poblet (Valencia). La afición a la literatura le viene de familia, ya que su madre y su bisabuelo fueron también escritores y estuvieron estrechamente vinculados a la localidad alicantina de Altea. Como escritor ha obtenido diversos premios literarios en los géneros de:

- Cuento (Villa de La Guardia, Ciudad de Hellín, Manuel Siurot, Fernando Belmonte, Ciudad de Mula, Villa de Moraleja y Villa de Azuqueca).
- Libros de cuentos (Alfonso Grosso, 1999, Caja España, 2000, Ciudad de Alcalá, 2004 y Alhóndiga de narrativa, 2008).
- Novela corta (Ateneo de Valladolid, 1997 y Gabriel Sijé, 2002).
- Novela (Ciudad de Irún, 2009).

Ha publicado cinco libros de cuentos ("Althaia", "Ojos de este mundo", "Cuentos para analfabetos", "Arenas movedizas" y "Cartas muertas"); dos novelas cortas: "Ojos" (Premio Ateneo de Valladolid) y "El espejo de Salomón" (Premio Gabriel Sijé); y dos novelas: "El daguerrotipo" y "Manjar Blanco" (Premio de novela Ciudad de Irún 2009).

Una vez pretendieron insultarle llamándole ratón de biblioteca, pero a él no le molestó la comparación. Al contrario, se sentía orgulloso de ser un ratón de biblioteca, uno de esos humildes, tímidos y curiosos animalillos que buscan la proximidad de los humanos y se pirran por el papel antiguo.

- No me ofende que me llamen ratón de biblioteca. Rata ya es otra cosa. Prefiero de lejos ser un vulgar *Mus domesticus* que un *Rattus Novergicus*. Aunque mucho peor sería que me confundieran con el *Rattus Rattus*, el responsable de difundir la *Yersinia pestis*, ya sabe, la bacteria que acabó con un tercio de la población europea en 1347...

Esa era otra de sus cualidades: la erudición. A pesar de que no tenía estudios, treinta años rodeado de libros, y una prodigiosa memoria, le habían proporcionado unos conocimientos que más de una vez dejaban boquiabiertos a sus interlocutores, incluida Marta, la joven licenciada en Filología Hispánica que había acudido al archivo en busca del rastro de unos documentos necesarios para poder culminar su tesis sobre las ediciones castellanas del ciclo de Amadís de Gaula. Pero el bibliotecario no parecía dispuesto a proporcionarle de buenas a primeras la información que precisaba.

- Empecé a trabajar en el Archivo con apenas diecinueve años y ahora tengo la friolera de cincuenta y cuatro, de modo que si yo no puedo ayudarle...

Todo en ese hombre le repugnaba. Para empezar, su físico. La cabeza pequeña, brillante a causa de la gomina que usaba para alisarse el cabello peinado en rayas paralelas con un peine de color hueso que guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta. La frente estrecha, constreñida entre el flequillo y un par de cejas excesivamente pobladas.

Pero lo peor eran los ojos, que no paraban de moverse ni un segundo y le recordaban a Marta los ojos de un bicho, uno de esos animales nocturnos que desarrollan extraordinariamente el tamaño de los globos oculares para poder acechar a sus presas en la oscuridad. Esa idea le indujo a mirar por el rabillo del ojo hacia las estanterías, donde apenas llegaba la débil luz de una bombilla, como si en cualquier momento pudiera aparecer, no un humilde y simpático ratón de biblioteca, sino toda una legión de sucias ratas de alcantarilla. Él siguió la dirección de su mirada y ese gesto le permitió a Marta contemplar fugazmente el perfil del hombre a quien había acudido a regañadientes para que la orientara en su trabajo. Muy cerca del labio inferior, un repliegue de la piel le elevaba el mentón, generoso, redondeado, casi gris a causa de los infinitos y apretados pelos de la barba. Ese tono azulenco volvía aún más pálido el resto del semblante, sin duda a causa de la falta de luz, pues él permanecía horas y horas encerrado en ese rincón de la sala de lectura, protegido de las miradas curiosas tras un montón de carpetas.

Vidal - nadie sabía a ciencia cierta si se trataba de un nombre o de un apellido -, era el funcionario más antiguo del Archivo. Comenzó a trabajar allí como interino cuando la riada obligó a trasladar los legajos a un lugar seguro. Gracias a su prodigiosa memoria fue el único capaz de recordar dónde se había guardado cada partida y así se cimentó su fama. Tenía un talento innato para encontrar los documentos extraviados y le gustaba organizar "expediciones" a las partes más remotas del Archivo, aquellas que nadie había hollado en decenas de años y de las que se rumoreaba que carecían del oxígeno necesario para poder respirar. Durante semanas preparaba la campaña tomando datos, cotejando informaciones, devorando cientos de fichas hasta trazar un "mapa" del territorio virgen. Dejándose llevar por su instinto de cazador - de cazador de libros -, daba innumerables rodeos y cuando al fin todos creían que

acabaría por tirar la toalla aparecía de repente, cubierto de polvo hasta las cejas, exhibiendo con una sonrisa triunfal su presa, un incunable desaparecido o un delicioso grabado que se convertiría en la joya de alguna exposición auspiciada por los Servicios de Cultura de la Diputación.

No es de extrañar que alguien con semejante talento recibiera a menudo peticiones de ayuda por parte de jóvenes estudiantes que, como Marta, andaban buscando datos para sus tesis de doctorado. Vidal no cobraba un duro por su colaboración, pero si alguien quería hacerse merecedor de su ayuda, debía caerle en gracia a primera vista. Salvo si se trataba de una mujer. En esos casos, sometía a la solicitante a un riguroso examen al tiempo que no paraba de hablar de cosas insulsas, como si quisiera distraer a sus víctimas. Pues así era como se sentía Marta, como una víctima inerme ante un viejo rijoso.

- Lo que pasa es que en mi época había que llevar un jornal a casa. No es como ahora, que cuentan con tantas facilidades. Pero no crea que me quejo. Al contrario, esa falta de recursos me permitió dedicarme desde muy joven al trabajo que más me gusta en el mundo...

Marta comenzaba a impacientarse y no se recataba en hacérselo notar con un movimiento nervioso de la pierna a la que no quitaba ojo Vidal. Estaban en pleno invierno, como lo atestiguaba la pequeña estufa eléctrica situada al lado de la mesa, y Marta vestía pantalones en lugar de falda de modo que la única parte visible de su cuerpo era el tobillo, un tobillo que no dejaba de mirar un solo instante el archivero. Tanta mirada impertinente estaba a punto de hacerle perder a Marta los estribos. Y no era para menos. Se sentía acariciada por esos ojos saltones, oscuros, brillantes como el charol, una mirada tan hambrienta que le produjo un escalofrío. Vidal no dejó de percibir el embarazo de Marta y, satisfecho

después de aquel examen somero, se limitó a pronunciar unas palabras mientras exhibía una sonrisa triunfal.

- Erre, guión, uno, siete, tres, dos, ocho.

- ¿Cómo dice?

- El apéndice de la *Bibliotheca Hispana Nova* de Nicolás Antonio. Esa es la referencia antigua. Cuando se trasladaron los fondos tras la riada hubo alguna partida que conservó la numeración original, y por ese motivo no aparece en el fichero nuevo.

Cuando salió de su estupor, Marta sacó un rotulador del bolso y le rogó que repitiera la referencia. Aún dudaba de que aquello no fuera un farol pero, por si acaso, murmuró unas palabras de agradecimiento y, mientras se dirigía hacia el mostrador para rellenar la ficha de préstamo, llegó a olvidar que los ojos de Vidal la estaban siguiendo, adheridos como lapas al minúsculo espacio del tobillo visible cuando flexionaba la pierna para dar un nuevo paso.

Durante los meses siguientes se repitió aquella escena más de una vez. Siempre que Marta se atoraba en la investigación, acudía al archivero venciendo la repugnancia que le ocasionaban sus miradas. Pero no tenía más remedio que transigir con aquellas entrevistas pues Vidal sabía mucho más que su director de tesis, un tipo engreído cuyos ojos no se contentaban con espiar los tobillos de Marta sino que la desnudaban sin paliativos. Poco a poco, la experta mano de Vidal la fue guiando a través del laberinto de los ficheros hasta ofrecerle pequeños tesoros ocultos que habrían justificado por sí solos una larga tarea investigadora. Lo malo es que por cada consulta debía pagar un oneroso peaje y pronto descubrió

cuál era el precio que exigía Vidal por sus valiosas informaciones. Por descontado, él jamás dijo nada, pero su cerrazón los días en los que Marta aparecía bien abrigada bastó para abrirle los ojos. "¡Será cerdo!", se dijo cuando percibió la desilusión de Vidal al verla acudir con unos calcetines que le vedaban la visión del tobillo. Si no le hubiera urgido el dato que andaba buscando le habría escupido a la cara y no habría vuelto jamás, pero la necesidad de salir del callejón en el que se hallaba empantanado su estudio la obligó a regresar, esta vez vestida con unos calcetines color carne casi transparentes, semejantes a medias, y de inmediato Vidal la obsequió con una de sus raras joyas bibliográficas.

Un día, a comienzos de la primavera, Marta, que venía de la comunión de una sobrina, se presentó vestida con una falda en lugar de los habituales pantalones vaqueros. Aunque era una prenda bastante recatada, el efecto fue fulminante. Vidal comenzó a sudar copiosamente y, por primera vez en su vida, cometió un error al confundir la referencia del legajo por el que ella se interesaba. Ese incidente hizo reflexionar a Marta y, en el camino de regreso a casa, comenzó a trazar un sutil plan de venganza.

El día que Marta entró en la sala vestida con una camiseta de tirantes y una falda bastante más corta que la anterior, Vidal no supo qué hacer con sus manos. Parecían dos elefantes torpes tropezando de continuo con los objetos apilados en la superficie de la mesa, cambiando de sitio cada papel, abriendo y cerrando sin necesidad la pluma. Marta se divirtió a sus anchas viendo el azoramiento de ese hombre que antes tanto la cohibía, y decidió volverse un poco más osada. Poco a poco sus faldas fueron menguando de longitud y no sin sorpresa descubrió que sus piernas no eran tan feas como había pensado durante años. Se compró un sujetador de esos que elevan el busto y durante un par de

sesiones contempló, divertida, cómo los ojos de Vidal naufragaban una y otra vez contra la línea que separa los dos pechos. Descubrió nuevos tejidos, además del algodón, tejidos desconocidos antes para ella en los que quedaba marcada, al inspirar profundamente, la forma de los pezones y que Vidal no se atrevía a mirar, aunque tampoco acertaba a apartar la vista, quedando siempre aturullado. Se depiló el vello de las axilas, compró, asesorada por la farmacéutica, una crema facial capaz de disimular algunos granos rebeldes y cada día ensayaba nuevas posturas que le permitieran mostrar la blanca superficie de los hombros, en contraste con sus antebrazos ahora morenos, tostados por el sol, a los ojos ávidos, enloquecidos, de Vidal. Y por fin decidió cortarse el pelo dejándose una media melena “a lo garçon” que le sentaba particularmente bien al permitirle mostrar uno de sus mejores atributos, el cuello, tan delgado, sobre el que destacaban los pequeños rizos de la nuca. Empleó todos los trucos posibles, desde dejar caer el lapicero a fingir un súbito dolor en las cervicales, con tal de exhibir la suave hendidura de la nuca, cuya blancura quedaba resaltada por la pelusilla oscura del nacimiento del cabello. En lugar de sentarse cohibida en el extremo de la silla juntando mucho las piernas, como hacía al principio, ahora se dejaba caer con indolencia, apoyaba un brazo desnudo en el respaldo de la silla, cruzaba las piernas y movía una de ellas, como si estuviera nerviosa, jugueteando con el zapato sujeto solo por el empeine. Se diría que disfrutaba viendo los ojos húmedos de Vidal, sintiendo el corto resuello de su respiración, notando cómo se aturullaba nada más verla entrar en la sala del archivo.

Y por cada uno de esos pequeños juegos, por cada centímetro de piel que quedaba a la vista, Vidal debía pagar una gabela que cada vez le resultaba más costosa. Hasta entonces había confiado en su prodigiosa memoria para recordar en qué anaquel estaba sepultado

un incunable, en qué pasillo del laberinto que formaba el depósito más antiguo del archivo se hallaba un legajo extraviado en el traslado de los fondos desde la época de la riada, pero ahora ya no se sentía tan seguro y, además, la curiosidad de Marta parecía insaciable. Poco duró su alegría por el hallazgo de un ejemplar bastante antiguo de la *Bibliotheca Nova*. Con una mezcla de ingenuidad y picardía, le preguntó a Vidal por una rara edición del libro de Mayans sobre Cervantes en el que aparecen varias referencias al Amadís de Gaula. Y, si él llegaba algún día con las manos vacías, entonces Marta le castigaba volviendo a los trajes recatados, los pantalones vaqueros y al pañuelo de seda anudado al cuello capaz de ocultar un delicioso lunar de la base del cuello cuya visión volvía loco al bibliotecario.

Vidal estaba desesperado. Nunca antes se había sentido tan inseguro, tan inerte. Ya no respondía con prontitud a las personas que acudían a consultarle algún dato. A menudo se aturullaba, confundía los libros, extraviaba las fichas o se quedaba con la mirada fija en el techo de la sala de lectura, como embobado. Como si se tratara del reverso del espejo, Marta, gracias a su nuevo aspecto, empezó a llamar la atención de alguno de los becarios que acudían al archivo en busca de bibliografía. Se la veía, no sólo más hermosa, sino más desenvuelta, más segura de sí misma, y hasta su director de tesis le sugirió la posibilidad de repasar en su propia casa, que contaba con una magnífica biblioteca, algunos detalles de la investigación. Por contraste, Vidal comenzó a sentir algunos achaques. Estaba más delgado, y el tono pálido de la tez fue adquiriendo un tinte azulenco, como si le faltara oxígeno para respirar. A comienzos del otoño, una gripe mal curada le reavivó una antigua dolencia asmática a la que no ayudaban en absoluto el polvo de los libros y la humedad del archivo, como le dijo el médico. Pero él sabía que el motivo de su dolencia era otro. Aunque Marta seguía acudiendo

al archivo, cada vez de forma más espaciada, Vidal ya no tenía nada que ofrecerle y ni siquiera se fijaba en las otras estudiantes, alguna de ellas más guapa que Marta, cuando le presentaban la ficha de préstamo con una falsa sonrisa de coquetería. Pero él ya no les hacía caso. Despachaba cuanto antes a esas muchachas, consciente de que ninguna mirada, ninguna sonrisa, ningún gesto podrían hacerle evocar lo que había sentido contemplando a Marta.

Marta. Cuando pronunciaba ese nombre en voz alta, en la soledad de su cuarto, se quedaba embobado. Y si cerraba los ojos se imaginaba que ella era la Audrey Hepburn de *My Fair Lady* y él, aquel maduro y atractivo Rex Harrison en el papel del profesor Higgins, el filólogo capaz de convertir a una vulgar vendedora de flores en toda una dama. Porque en sus sueños él había desempeñado el papel de Pigmalión, no en vano había convertido a la morigerada y triste estudiante de Filología en una muchacha tan hermosa como la Galatea de la fábula. Pero cuando abría los ojos, en lugar de hallarse en el palacio de un rey escultor, en la Grecia clásica, se encontraba en la salita de su casa, decorada con bastante mal gusto por su pobre madre, condenado a aburrirse con los insulsos programas de televisión, o a sepultarse en uno de esos libros de historia a los que tan aficionado era antes y que ahora se le caían de las manos.

La lectura de la tesis, con la que obtuvo la calificación “cum laude”, la concesión de una beca y el inicio de la relación con un joven investigador al que había conocido precisamente en el archivo, hicieron que Marta se olvidara casi por completo de Vidal y, si en alguna ocasión pensaba en él, se sentía azorada al recordar el juego al que se había entregado unos meses antes, exponiéndose a la curiosidad morbosa de aquel viejo mirón. Durante un tiempo dejó de acudir al archivo y por eso

no presenció la transformación que se había operado en Vidal. Nunca había sido muy sociable, pero ahora rehuía el contacto con sus compañeros y descuidaba sus obligaciones. En lugar de atender las peticiones de los investigadores, se pasaba las horas vagando por los sótanos del archivo, en busca de alguna última joya, de aquel libro decimoquinto del ciclo de Amadís, el enigmático Penalva, con el que poder ganar de nuevo los favores de Marta. Por primera vez en su vida recibió una severa amonestación del director del archivo, que llegó a sugerirle la conveniencia de tomarse una baja. Vidal sabía que no era un consejo, era una advertencia, y su orgullo herido, junto al miedo a perder la jubilación, le indujeron a regresar a la rutina.

Cuando Marta regresó al cabo de un par de años, con una beca destinada a digitalizar los fondos del archivo, sintió un cierto alivio al enterarse de que Vidal había pedido la jubilación anticipada por problemas de salud. No estaba segura de cómo le recibiría aquel viejo verde que incitaba a las estudiantes a mostrarle pequeñas partes de su anatomía. Y supuso que la causa de la baja habría sido el asma, una dolencia que Vidal arrastraba desde niño y que, según uno de sus compañeros, se le agravó con esa manía de pasar horas y horas removiendo los fondos del archivo en busca de no se sabía qué joya bibliográfica.

- Pero si le dieron la invalidez absoluta no fue por el asma, no señor - le confesó un día el bibliotecario más antiguo, un hombre de carácter abierto al que le gustaba charlar por los codos -. Fue porque estaba como una cabra. ¿Sabe lo que hacía ya al final, cuando estaba como un grillo? Si le preguntábamos qué hacía tantas horas sepultado en el sótano del archivo, rodeado de tanto polvo que le hacía estornudar de continuo, nos contestaba que se iba a retirar a la Roca Pobre. Y quería que le llamáramos Belfegor, o algo parecido...

- Beltenebros - dijo Marta, a quien el nombre que adoptó Amadís al retirarse del mundo después de ser rechazado por Oriana le había puesto un nudo en la garganta.

- ¡Eso, Beltenebros! Decía que se quería morir en el destierro y que lo dejáramos en paz. Estaba muy mal el pobre. Ya lo dijo Cervantes en el *Quijote*, tantos años rodeado de libros hacen que a uno se le reblandezcan los sesos. Por eso yo sólo leo el *Marca*...

Durante unos días Marta se sintió culpable por el triste destino de Vidal, pero el tiempo le ayudó a ir olvidando ese leve remordimiento. El tiempo y el trabajo, en el que pronto se mostró tan eficaz, o más, que el antiguo bibliotecario cuyo nombre pronto sólo recordaron los lectores más viejos. Desde entonces, Marta ha ido escalando posiciones, gracias a su enorme capacidad de trabajo y gracias también a su prodigiosa memoria, hasta el punto de que se ha vuelto insustituible y ya se habla de convocar una plaza para ella. Nadie sabe cómo consigue encontrar con tanta facilidad el rastro de los legajos más antiguos, pero lo cierto es que se mueve entre las estanterías como si estuviera recorriendo el pasillo de su casa. De las tres mujeres que trabajan ahora en el archivo es la única que se aventura por los rincones más oscuros del sótano. Las otras le tienen pánico a los ratones, especialmente a uno, muy descarado, que parece acechar con sus ojos saltones, oscuros, brillantes como el charol, el ruido que hacen los tacones de los zapatos de las mujeres. Marta, en cambio, no siente ningún miedo. Al contrario, le cae simpático ese humilde ratón de biblioteca al que en secreto le ha puesto el hermoso nombre que llevó Amadís de Gaula cuando se retiró a la Peña Pobre, enfermo de melancolía.





segundo premio

## **La lanzadora de botellas**

María José Campoamor Prieto



## MARÍA JOSÉ CAMPOAMOR PRIETO



Autora de obras teatrales, guionista de radio, cine y televisión, analista de Guiones, Docente en el Área de Guion de Televisión y Dramaturgia en la Universidad de Buenos Aires.

La siguiente lista incluye a profesionales que trabajaron en sus programas.

Federico Luppi, Cecilia Roth, Ricardo Darín, Miguel Ángel Solá, Soledad Silveyra, Ulises Dumont, Ana María Picchio, Arturo Maly, Ana Álvarez, Bárbara Mugica, Manuel Banderas, Thelma Biral, Lorenzo Quinteros, Tina Serrano, Jorge Petraglia, Darío Grandinetti, Kity Manver, Leticia Bredice.

### PREMIOS OBTENIDOS:

ONDAS DE BARCELONA. AUGUSTO DE PLATA, DE ZARAGOZA. CORAL, DE LA HABANA. PREMIO ARGENTORES (SOCIEDAD DE AUTORES DE ARGENTINA) A LOS MEJORES GUIONES. PREMIO PENSARIO (DE LA PRENSA ARGENTINA). PREMIO MARTÍN FIERRO (EL GOYA TELEVISIVO DE ARGENTINA)

### TELEVISIÓN

He escrito más de 2.000 horas de televisión distribuidas en producciones locales y que han salido del país.

"JAVIER YA NO VIVE SOLO" - Globomedia - Telecinco, Madrid.

"SALVAJES". Telecomedia centrada en la vida de un grupo de jóvenes músicos que llegan desde un humilde origen hasta la fama.

"AMOR SAGRADO". Con Ana Montes. En co-producción con Rette Quatro de Milán. Vendida a 40 países.

"CHIQUITITAS". Tira diaria centrada en un grupo de niños de un Hogar de huérfanos. Además del programa televisivo, generó un marketing y una producción teatral de un éxito sin precedentes.

"ALTA COMEDIA". Uno de los ciclos dramáticos más antiguos y prestigiosos de la Televisión argentina.

"JUGO AZUL DE UVAS". Ciclo dedicado a la adolescencia, la ecología y con música de rock. Premio Martín Fierro.

"DIOSAS Y REINAS". Centrado en el accionar de tres mujeres guionistas de culebrones. La primera en la Televisión Argentina centrada en la vida de mujeres.

"DESDE ADENTRO". Miniserie con Eduardo Milewicz. Co-producción con España. Premio Martín Fierro -Premio Argentores

"CORAZONES DE FUEGO". Telenovela diaria en co-producción con RAI.

"ATREVERSE". Ciclo de unitarios de 90 minutos. Premio Martín Fierro.

"LA EXTRAÑA DAMA". Telenovela diaria, en co-producción con RAI (Radio Televisión Italiana)

"DI MAGGIO". Ciclo protagonizado por Federico Luppi, encarnando a un escritor metido en aventuras.

"LA BONITA PÁGINA". Comedias inspiradas en temas musicales populares de la Argentina y Latinoamérica. Premio Martín Fierro.

"HOMBRES DE LEY". Centrado en el accionar de tres abogados, desde su bufete profesional. Protagonizado por Federico Luppi.

Premios: Martín Fierro, Ondas de Barcelona, Coral de La Habana, Augusto de Plata de Zaragoza.

"CUENTOS PARA VER". Ciclo dedicado a la adaptación televisiva de cuentos argentinos y latinoamericanos.

### GUIONES CINEMATOGRAFICOS

"TANGO LIBRE". Dirigida por Gabriel García. Largometraje sobre el origen e historia del tango.

"GEISHA". Largometraje dirigido por Eduardo Raspo, Protagonizada por Manuel Banderas y Ana Álvarez.

"CERRO BELMONTE". Largometraje para la productora Kuranda.

"BODAS DE PLATA". Largometraje en pre-producción.

"PACO". Dirigida por Diego Rafecas, en rodaje en Buenos Aires.

"SÁBADOS DE MILONGA". Dirigida por Dácil Pérez de Guzmán, en pre-producción.

Lancé la primera al cumplir los ocho años. Fue con mi padre, en unas vacaciones en Mar Del Plata. Como había leído libros de piratas me quedó la idea de enviar mensajes a través del mar. Pero a la tarde misma, la botella había sido devuelta por las olas y así sola, en la arena, no parecía nada aventurera, solo una botellita de coca, vacía con un papelito adentro.

Entonces empecé a estudiar la forma de la ola, el momento justo para lanzar y el lugar ideal, para que la botella no volviera.

Hay botellas y botellas. Una hermosa, de color caramelo, por ejemplo, como los frascos antiguos de farmacia, no sirve. Tampoco las de color azul, que contienen vinos alemanes, o las clásicas, que claro - son color verde botella -, tampoco éstas sirven. Tiene que ser un vidrio transparente. Hay algunas de una cualidad casi ámbar, casi té que dan el mismo resultado, pero son difíciles de encontrar. La mejor es la de vidrio blanco, grueso, pero no deformante, transparentes en su totalidad, con un buen gollete para que el corcho se adapte y quede ahí, inamovible. Hay además, botellas apropiadas al mar, con bordes muy redondeados, con vocación de atravesar océanos enormes. Esas botellas tienen la cualidad en su aspecto, se reconocen al tacto, son molestas en las casas, se tiene la sensación de verlas caer en cualquier momento. Y es cierto. Cuando están en tierra, se caen, pesan más de un lado que de otro, se vuelcan, parecen pesadas y son livianas, parecen livianas y son pesadas. Están incómodas. Cuando encuentro ese tipo de botellas las tomo cuidadosamente, con unción. Hago dos o tres movimientos, pero muy precisos. Como la mano de mi abuela cuando sacaba los huevos del gallinero. Manejando algo casi sagrado, pero con toda naturalidad. Mi abuela hacía así: Tomaba los huevos en dos o tres movimientos, siempre precisos, nunca apresurados, como si el movimiento se formara de

pequeñas unidades de tiempo, uno, dos, tres, todo ensamblado, y depositaba el huevo en la canasta, no solo sin ningún temblor, sino, importante, con el menor ruido, solo el necesario. ¿Qué quiere decir esto? El ruido necesario es el ruido que produce un objeto cuando ese sonido sale de él naturalmente, nunca cuando es producto de un acto de precipitación, sino que emanaba del huevo del grosor de su cáscara, de las plumitas que todavía quedaban adheridas, del calor de la gallina que lo había empollado. A veces mi abuela tomaba el huevo en sus manos y dentro de la perfección de sus movimientos, estaba incluido repasar su superficie a conciencia, como recorriendo...¿Qué?, sin un interés especial, sin buscar nada, creo que solo observando, demorando lentamente en ese momento la glotonería de la persona para la cual la vinculación con los demás es una pobre muestra gratis de lo que realmente vale la pena: Estar unidos a todo. Cada huevo se depositaba así en el fondo de la canasta, en un tiempo suspendido, uno al lado de otro. Los recuerdo de cáscara gruesa, de color oscuro, con sensación de solidez, de perfección. Ahora, a veces, cuando saco de la heladera esas cosas de color blanco, de cáscara quebradiza y clara aguachenta siento una puntadita en algún lugar, entre el corazón y el estómago. Me dan ganas de llorar, súbitamente. Es un tiempo perdido del cual nadie quiere hablar, siento las canas pesando enormemente en mi vida y el horror por lo que pasó con los huevos y con nosotros.

Así me acostumbré a tomar a las botellas. En dos o tres movimientos precisos. Las envolvía en trozos de algodón, solamente blanco, las ataba con cordeles, también de algodón, de color verde oscuro, como un homenaje a la madre de todas las botellas. Las pesaba. Las lavaba muy lentamente, para no romperlas. Una botella que va a ser lanzada al mar, tiene que ir obsesivamente limpia. Miraba a trasluz que no quedara una hebra de algodón al secarla. Tenía que poseer la cualidad de la

transparencia total. Llenaba las botellas con agua jabonosa de jabón blanco, las limpiaba con un pinche, las enjuagaba, las secaba y las dejaba descansar. Esto quería decir que las dejaba unas horas, o días, de pie, en un lugar oscuro y fresco, como para que se empaparan de su nueva misión: Afrontar la aventura del mar.

Lo que pasa con el mensaje es raro. El mensaje se decide a sí mismo. A veces el mensaje aparecía antes que la botella, a veces la botella esperaba semanas por el mensaje. Tengo un par de mensajes que nunca encontraron botella, y un par de botellas que algún día llevarán su mensaje. No digo la palabra ideal, eso sería ridículo, digo, el mensaje que tiene que ir con ella. Es una unión para siempre, como los matrimonios de antes. Solo la muerte los podía separar. La botella podía flotar por generaciones en el océano y nunca pariría ese papel, o podía ser rota por las olas o contra las piedras de algún muelle desconocido, donde marineros iguales a todos los marineros del mundo, beben café, alcohol, añoran a las mujeres y usan gorros de lana. En ese caso, los separaría la destrucción. Y luego estaba el estado ideal: El alumbramiento. De cada cien botellas, una era encontrada por alguien, se violaba el corcho y se extraía el papel. Consulté a todos los que conocía: Todos guardaban la botella.

Solo un alma de poeta rescata una botella del mar, conteniendo un mensaje y nunca es tan cruel de arrojar esa botella, no, la guardan para siempre. Nunca me pasó a mi, encontrar una botella con una carta. Todos los que me contestaron les pedí que hicieran lo mismo. A través de los años, personas de todas partes del mundo, buscaron botellas, escribieron mensajes y las lanzaron al mar. Los océanos son tan inmensos, que nuestras pequeñas botellitas no hacen una leve marca en la cresta de las olas. Pero están ahí.

La segunda botella la lancé a los 10 años. Fue como una repentina inspiración. Ya no era la nena de los 8, hasta me habían cortado las trenzas y me habían dado a guardar un mechón. Lo embotellé con una carta muy breve donde me despedía de mi infancia. Ese año había comprobado definitivamente que mis padres no sabían nada de la vida, y mis hermanos eran como desconocidos distraídos que no se por qué corrían apurados hacia algo.

Recuerdo el lanzamiento de la segunda. Fue en una playa de Brasil, en Joao Pessoa. Una mañana muy clara, casi sofocante. El pescador nos llevó a mi padre y a mí, más allá de la rompiente en medio de un mar que parecía una pileta de vino caliente, ambarino, tranquilo. Estudié el movimiento y pensé que la botella tenía muchas chances de ir a parar a pocos kilómetros. Cambié ideas con el pescador, que me dijo que la corriente tiraría la botella hacia mar afuera. Esperé una señal durante una hora. Los peces saltaban alrededor del bote y mi padre no soportaba el silencio que me rodeaba cuando yo estaba trabajando. Leí sus diarios, años después que murió. Fue un golpe duro. El creía que yo estaba loca. También mi madre. Entre mis hermanos las opiniones estaban divididas. Emilia creía que yo me hacía la interesante y Omar pensaba que era una cuestión hormonal. El pescador me comprendía. Depositó - ¡él también! - con unción, los remos en el fondo del bote y dejó que su mirada flotara a la distancia. El agua era casi caliente, el sol justo encima de nosotros. El sopor perfecto de la eternidad. Me tiré en el fondo y abrí un poco el cuello de la camisa. Me concentré en el olor a pescado que envolvía todo. Pensé en el lenguado, chato y color plata en el frío mostrador de las pescaderías, y en el salmón rosado, reflejando el coral de los océanos que nunca fueron vistos por los ojos de hombres. Siempre era así, quedaba medio dormida, medio despierta, mientras mi corazón latía lentamente, dulcemente al mismo compás de las olas,

o de los remos, o de los lejanos truenos que anuncian tormenta. En un momento, yo abría los ojos, estudiaba rápidamente, de una ojeada, las olas envolventes y tomando la botella con la mano derecha, respiraba profundamente, me preparaba y la lanzaba muy lejos como una pelota, que de comba, tiene que entrar sobrepasando al arquero. Un segundo antes me despedía de ella a través del ardiente contacto con el vidrio, que nunca, nunca más volvería a tocar. Un par de esas botellas las volví a ver, pero no quise tocarlas. Aprendí a desprenderme de mi amor por ellas. Cómo hablar de mi amor? Tenía uno por vez. Cada botella era particular y tenía su forma de hablarme, su ruido, su silencio. Algunas me dolieron más que otras, y había un momento, la mañana elegida para desprenderme, en que el cuerpo se me retorció de dolor, de náuseas, donde me preguntaba por qué tenía que hacerlo. Cuando arrojé mi botella número 20, en el Mar Mediterráneo, tuve fiebre toda la noche. Sentí pánico. Pero la ola se abrió tan brillantemente, tan justamente como yo lo había sentido, que me empujó amorosamente el brazo a través de un ramalazo de viento perfecto.

Lancé la botella como si me llevara toda la vida verla caer, atrapada con maravillosa sutileza por las aguas que susurraron al tragarla. Daría una vida por volver a lanzar como esa tarde. Y que ajeno a todo esto, es la felicidad. Si Dios me diera a elegir. Pero lo que me ha sido dado vive en mis huesos, y en el aire de ese día, frente a ese viejo mar, cansado, donde a lo lejos pasan velas blancas que pertenecen a otro mundo.

Tuve la visión de la soledad. Ví inmensas edades, épocas de hombres y mujeres cruzando por el horizonte en largas caravanas, a veces a caballo, otras, andando a tuestas, sosteniéndose unos a otros, peregrinos, aventureros, salteadores, eremitas buscadores de oro, monjes

que no podían encontrar el éxtasis pero que conocían lo más parecido. Vi el azar en toda su magnífica justicia y penetré en un segundo en el acuerdo. Una simple tarde, a la caída del sol, cuando las lámparas intentan establecer su dominio.

Después empecé a lanzar menos botellas. Me limité a una o dos por año. Concentré mis esfuerzos en esas y me deshice de cualquier distracción. Fue una medida muy sabia, porque el placer aumentó con el voltaje de un pasión absoluta.

¿Alguna vez han pasado una noche en vela, solo sintiendo la incandescencia del cuerpo, quemando las sábanas a su alrededor? Así eran mis esperas. Preparaba cuidadosamente el terreno, y recibía mi recompensa. Como una fruta, la vida se abría, y mi boca dejaba de hablar. Caminaba desde la mañana hasta el poniente por el borde de los mares. Ya mi familia había adoptado un tono piadoso y comprensivo que era realmente conveniente. Yo los compadecía a ellos. Pedí por ellos en algunos de mis lanzamientos, pero sabía que no sería escuchada, porque ellos no querían atravesar la brecha. Ni siquiera Emilia, que tenía ojos de medusa, y que hubiera contemplado sin sobresaltos un tifón en el Índico. Mi habitación era un mundo anterior. Un sombrero, los viejos pantalones azules, gastados, los prismáticos heredados del abuelo, el chaleco de lana bermellón para las tardes, las botas de goma, un cuchillo marinero, un capote grueso para los días de lluvia, las piedras que llevaba en mis bolsillos y las botellas que esperaban su destino.

Ahora, como siempre, son dos. Límpidas, virginales pero sabias, rechonchas, llenas de aire y sol, aguardando el corcho, aguardando el mensaje. Valientes - pensé - valientes botellitas que mi corazón añora aun antes que se vayan. Cosa extraña, se ha dado una gran casualidad.

Los dos mensajes ya han sido escritos. Uno lleva unas breves líneas, y el otro casi una poesía completa. Dos alientos de mi propia boca, dos quemaduras del mismo costado. Estoy de pie en el centro de la barca, mientras Juan, el barquero avanza a lentos golpes de remos. Esta vez ha sido al atardecer. No conozco el motivo. Observo las olas al pasar, como siempre, distraída. Sonrío al pensar en que cada día me hago más insaciable de esa pequeña percepción y la retraso más. Pronto solo pensaré en lanzar botellas cada año o dos. Habrá que elegir bien la época, el lugar, el día, la hora. Cuantas decisiones. Y en el fondo, si tomara otras, creo que sería lo mismo, pero...no, no sería lo mismo, por lo menos para mí.

Espero un momento, algo pasa. Debería haber lanzado la botella en este intermedio antes que la luz caiga del todo y reine la luna. No estoy segura. Esto es raro, añade un componente raro. Espero. En la duda, siempre hay que esperar. Espero.

Juan me señala algo que viene flotando por encima de la ola, es una escoria arrastrada por las aguas, esperaremos a que pase. Siempre es así. Me irrita si el mar no está "limpio". Debería explicar esto para no parecer estúpida. El mar es limpio. Lo que lo ensucia nunca pertenece al mar, un pescado podrido no ensucia al mar, es igual a una flor arrancada de las cañas de las orillas. Un cigarrillo ensucia el mar, una muñeca de plástico, perdida por una niña en alguna playa. O una botella. Y de eso se trata.

Juan enciende el candil y yo me siento en el borde de la barca con las manos tomando contacto sobre la madera mojada, donde el olor a corcho de vino me domina, me da vuelta la cabeza. La botella flota solitaria, ni se mueve. Está envuelta en algas, en carbonilla, en

basura de las playas, en hilachas de petróleo. Juan la levanta con la red. La tiramos dentro del bote. No hablo. No hago nada. Se queda un momento quieta, da algunos torpes movimientos, aletea como un pescado, finalmente se serena. Ahora está quieta. Cuando descansa avanzo la mano y con miedo la tomo, la peso. Miro el corcho. Tomo un cubo de agua por encima de la barca y lavo la botella lentamente, con precisión y dulzura. Nunca quedará limpia del todo. El corcho, sin embargo, está intacto. La lavo suavemente, como si le cambiara las aguas. El olor. Olor a sal inamovible, de por vida. Sollozo profundamente, mientras Juan enciende un cigarrillo y observa abstraído, como hace cuarenta años, la caída del sol.

Después, la guardo en mi mochila. Miro al poniente. Me arrodillo dentro de la barca, pongo mi frente contra la madera y alabo la perfección de la obra, de tu obra, Padre, que me ha devuelto esta tarde, la botella que lancé por primera vez, a los ocho años buscando tu palabra, buscándote.

Cuentos editados con autorización de los autores



LIV EDICIÓN  
DEL CONCURSO  
CAM DE CUENTOS  
"GABRIEL MIRÓ"



**CAM**

Caja  
Mediterráneo

